

Ángel Daniel Dólera

Con sabor a ceniza



Con sabor a
cenizas

Dólera, Ángel Daniel

Con sabor a cenizas / Ángel Daniel Dólera. - 1a ed. - Chivilcoy :
Municipalidad de Chivilcoy, 2017.

80 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-45805-7-3

1. Poesía. I. Título.

CDD A861

Intendente Municipal: Dr. Guillermo Britos

Secretario de Cultura y Educación: Dr. Adrián Vila

Director de Educación: Ing. Eduardo de Lillo

Coordinador de Cultura: Daniel Guala

Junio 2017

Editorial Municipal de Chivilcoy

1º Mención concurso de Poesía EMCh 2017

Diseño y diagramación: Federico Capobianco

Foto de Portada: Ángel Daniel Dólera

ISBN 978-987-45805-7-3

Impreso en Ilustre Digital S.R.L.

Dirección XXXXXX

IMPRESO EN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial.

A Mirian y Santiago

Cenizas en el agua, diseminadas a lo largo del
planeta.

Rojas, púrpuras, manchadas de ahínco
nada se debate aquí, en el cielo de contagio y
bravura

sobre la sórdida expresión de un visaje:

de aquella calesita tapada por el
océano de risas.

Esculpida por una mano aterciopelada en el cual el
dorado, la región de los dioses,
se enternece, salpicando dudas, trayéndonos el
enigma del polvo santificado.

Cada vez que el sueño se vuelve a repetir, un manojito
de alondras vuela en derredor.

Pintando grises latentes, carcomiendo un oxígeno
exuberante de sordas andanadas.

Si un relámpago nos atraviesa
bienvenido
la distancia se hace auténtica, en el recodo de la
vida, en la música de la ausencia.

Noche

Una etapa y otra etapa de un camino marcado.

La noche duerme telones de cristal, haciendo
retumbar pasos sordos de suelas cansadas.
El farol niega el día, con su luz de estrella donde los
grillos respiran humedad.

La luna es menguante (sin gritos de madrugada) y se
necesitan variadas razones para
continuar su huella.

No hay sueños de alcoba ¿te acordás? Se ausenta ya
la mirada que estorba.

Ni el sereno de traje claro cuida las horas como ayer.

Nada más que un sonido blanco y el ventilador
girando detrás de las telas confusas
Queremos ver, los espíritus míos se cansaron del
crucigrama, de

ese juego velado por un materialismo que no
entiende

entonces merezco este estado insomne, acuño el
momento

un estómago de mil lámparas me lo pide.

Un lugar

Cigüeñas descienden sobre las ruinas. En la cúpula,
el cielo destiñe el día de gris plomo.

Cae una pluma. Gotas sobre el piso comen el
concreto. Si la síntesis es la brevedad, la
imagen se enmarca en un mundo de latidos.

Ventanas promiscuas se baten al viento.

Cigüeñas salvajes cruzan la ventana. Congeladas.

Prolíficas. Multiplicando en la sed una
suerte de ángeles incoloros.

Galgo

Galgo de día zurciendo la ruta de heridas
corredor en ciernes entre matorrales y basureros

En los que se esconden
perritos de losa y tótems.

Si una bala cruzara el aire, seguramente esa bala
tendría destino.

Galgo de tarde pensado para la noche, donde
maniobra el espíritu y el trote se hace
sombra

animal a rayas, del color del terciopelo,
elegancia suelta.

Juguete que aúlla en el rocío de la desolación
aventurero de soledades
gregario corriendo el velo del silencio.

Gritando a voz en cuello un furor de luna llena.

Algo

En las esquirlas del tiempo la noche se apaga
como un río desvanecido en el lecho
en el tronco negativo del alma busco.

Urbanizado en la soledad los minutos tabletean
hacen alarde de la expansión
del diminuto sentir de los latidos.

Sueño un sueño despacito y luego otro
el sueño soñado se repite en quimeras.
En andanzas de bosques quebrados que
alcanzan el oasis.
la dimensión de lo extravagante, el placer de
la bebida, la pulpa del
comienzo, las infinitas sensaciones de abrazarlo todo,
mirando un aire de
tréboles y viendo el enigma.

-¡Compláceme!- gritó el sonido, sin banderas,
apenas abandonado
en un recinto anónimo sin estridencias.

ahora el espacio es el tierno reflejo de lo blando
llevando las tropas a mi molino y riéndome de
la meta, cuando
nadie me espere
cuando el néctar se apague, el comedido se
diluya y los bufones bailen
esa danza que no me acuerdo.

Un sobrecito de azúcar contiene azúcar y una
leyenda
que nos entenece, despertando dudas.
Luego se vierte en el café y se diluye
junto a esas palabras que nos prometieron
un mundo distinto.

Café

mesa roja, mesa blanca, mesa verde, tapizada de
colores

bandera agitada

sol de otoño, servilleta de papel

arrogante bandera

música sublime acompañada de cabellos

y flechas (grandes) sobre pisos

asfaltados de cemento armado

¿podremos compartir?

¿avizoraremos la cumbre?

Tal vez, tal vez en cuanto la mesa roja, la mesa

verde y

la mesa blanca se despachen con nosotros y

se sienten a conversar.

Sospecho que nada tiene que ver con nosotros

—dijiste.

Entonces di media vuelta y partí.

Bar Mami

El ventilador del cielo raso raya el aire a las dos de
la tarde, a las tres.

El bar enmudece
y los últimos parroquianos apuran el trago de la
siesta.

Carlos Gardel, con su media sonrisa, atisba la
avenida con el sol tapizando la
vereda.

Es primavera acá en el bar Mami pero
el tiempo es anacrónico
como una madeja de conversaciones sin apremios,
donde las palabras se convierten en
susurros de anécdotas, historias, dimes y diretes.

En lo alto, también la fila de whiskies de otras
décadas miran de reojo los
almanaques de Molina Campos, cual alegoría de un
tiempo que fue y resiste en las
murallas de esas paredes verde agua.

Hay tiempo, hay espacio, en el rectángulo del bar, en
el que Chocolate y sus compañeros
gastan adornos dialécticos y Jorge, con la altura de
su estatura, abre un cono de seriedad
y calidez desde sus cabellos de plata.

Un terma, un vermouth, caña, cualquier bebida es
buena para este espíritu, cualquier
comida se viste de folclore para los chivilcoyanos de
este bar, para el deleite de los
foráneos y la crónica marcada a tinta y a contramano
de la vorágine.

Una fotografía de River Plate, un estandarte del
Torito.

Atrás, muy atrás, la cocina se viste de calor, aromas
y batidos de mayonesa.

Cuatro mujeres, cuatro soldados preparan la cena de
la vida, el encuentro vespertino,
que culmina a la madrugada, con voces altisonantes y
murmullo de barrio.

Pero ahora, a las dos de la tarde, a las tres, brillan
las mesas de madera de sillas

amarillas, apenas veladas por las cortinas de tiritas
azules; es que ahí, en la entrada, las
siluetas de transeúntes se adivinan caminando
despacio por la vereda del bar Mami.

Un bar donde los gorriones cantan entre los plátanos.

Las hojas se mueven suaves

Y la costumbre, nuevamente la historia, cierra la
puerta para descansar su tesoro

que será abierto en un rato nomás.

Comedor

En los albores de la situación, la mezcla de las cosas
se suceden en prensas de un otoño
severo. Si las luces atraen a mariposas nuevas, las
pasiones se cruzan en el horizonte.

Claro que depende de la sensibilidad del organismo,
actuando como un autómatas en el
universo del comedor.

Caminos rojos, sobre tapizado verde.
las nubes tejen algodones negros y la calma se dibuja
especial a la vuelta del almuerzo
el esquema de un abrigo azul late en la espalda del
cenáculo
y cubiletes marrones ensalzan en arabescos
celestes
marcha un cromo al plato sin importar el peso del
cúmulo, ni las estrellas del viento,
arco iris extasiado que devora la sombra.

Magnífica es la empanada. Aquella que se come.

Pues no sabemos qué tiene adentro.

Entonces antes de probarla preguntamos (al de al lado) ¿disculpe?... ¿usted sabe de qué es esta empanada? El de al lado no sabe qué contestarnos. Entonces la miramos, la sopesamos y finalmente dudamos. Optamos por no comerla. Pero al cabo de un rato (esos ratos interminables) quedamos solos con las empanadas, y les hincamos los dientes.

Felices de saber qué tienen adentro. Felices de habernos dejado algunas en el bolsillo y que mañana al convidarlas nos pregunten qué tienen adentro.

En las escaramuzas, el rojo se precipita
arañando el cielo de sangre, una
suerte de escarmiento paralizado por un aire gélido.
rojo, negro, tierra, éter.

Ensimismamiento eléctrico donde la
forma acude a su molde, y la
imagen se vuelve fantástica, en una impronta real.

Tan cerca... tan lejos; en una distancia que no
se mide con el cromos.

Puedo

Puedo ver el rostro de la inmensidad.

La desolación del espíritu.

La clave del estómago.

El sinsabor del sexo.

La naturaleza de la nada.

El barco a la deriva.

La estación del sol.

El verso incompleto.

La náusea del rebelde.

El costo del triunfo.

La vendimia en la oración.

El cúmulo del poder.

La experiencia de la frescura.

El rojo de tus labios.

La misa de las siete.

El color de la nuez.

La blancura del éxodo.

La noche del día.

El verde del azul.

El círculo de lo redondo.

Y, sobre todas las cosas, el llanto de
encontrarte aquí mismo.

Al borde de la cornisa los espejos se vuelven azules,
como cuando miramos un cielo de

abismo.

Pájaros

Pájaros negros sobre mi cabeza danzan el baile de la avenida. Son unos cuantos, negros, chiquititos, vuelan sobre mi mollera, ahuyentándome los males.

Cantan, ríen, bailan en lo alto de mi gorra. Cuando la tarde muere y ellos se anidan, contando soles, debajo de las nubes, dentro de los plátanos.

¿Serán cien, doscientos, más? ¿No se cansan?

Que no lo hagan, con sus acrobacias en forma de ocho, volando por las cornisas de los colegios sin mirar al vacío. Que no se canse la bandada, compincharía de saberse felices y acompañados. La generosidad de brindarme cinco minutos para mí, en medio de peatones ensimismados, entre caravana de gente que va a ninguna parte.

Arrebato y desalojo

Empuje y vacío.

Frenesí y descaró en la noche soñada.

La vanguardia ataca y en su banquete la plástica
alumbra a los comensales con su aire pop, infierno
de colores
y una dulce arrogancia.

La playa existe, reflejando los dones del óleo
con la retaguardia como frente
con el teatro haciendo añicos a muñecos
gastando una broma sensual
de poesías y tatuajes.

La glándula pilórica se fortalece
en la potencia de los versos, susurro de los cromos.

La calma deviene de un aire fresco mezclado con
tabaco

permiso demudado por una ventilación de humo
sabores, sonrisas, opiniones
al filo de la medianoche
al comienzo de un instante infinito, trascendental.

Donde el mañana amenaza en sucesiones
cuando el alcohol detiene el derrumbe
y la vida se hace vida pegadita a la muerte.

Gritos

*¡Qué gritos por tapias!, ¡qué
dentelladas al hocico del alba!*

Arnaldo Calveyra

Gritos desahogados acompañan el rugir de la
garganta, dicen una verdad que ya conocemos.
Las venas se inflaman y la cara se retuerce. El
pecho se infla, y la verdad parece mermar se
pierde lentamente en el aire quebrado y lo
llena de pus.

La mentira lo sigue, riendo.

Nace una flor o muere un trigal

el viento agrio escupe fantasmas
girando en redondo.

Infunde temor, sobre superficies
vencidas.

Otro morderá el polvo ahogando sueños sagrados
de melodías y compases celestes y agujones
de azar.

La lluvia luego vendrá colgada de sueños fugaces. E
inundará de dudas la creación.

Las olas deambulan un grito a la distancia: en los
penachos de sus vidas, en la naturaleza
del amor.

Vigilemos un mundo nuevo en claro de
cenizas.

La puja

A mordiscones el agua remaba la
orilla
un verde pastoso contemplaba la laguna
enardecida.
¿era otoño cuando las pisadas nadaban gélidas
hacia alguna esquina?

Sin embargo el meridiano caía plúmbeo
como las gotas de un ángel.

¿O era la noche teñida de luz donde las
cuatro estaciones gobiernan un clima colosal?

Quizá el cuerpo partió haciéndose
viento en la nube, y la certeza
convierte en cenizas las hojas blondas.

quizá las casas –en esas esquinas–
dormiten la vigilia sin discutir con la intemperie.

Con la belleza del desorden lanzando
tarascones a nadie, el agua

color petróleo se disfraza de mamífero luciendo
dientes de espuma, entre
velas azoradas y mástiles desnudos.

Con huevos sin esqueletos ni sequías ni ese duende
lívido.

... frío, cuatro sabores marinos se
enredan en el alma.

Con tinieblas en los zapatos y cuentas marinas.

Somos dos o tres en este mundo.

Somos tantos que no los sabemos contar: cantando
melodías, iniciando fenómenos,
presentando la calma.

Dos miradas

Humo sobre humo

se expande en la postura.

Frente a frente la ternura besa la desolación

un instrumento.

Un arma señala su presencia

en la cumbre misma del corazón.

Y cuando todo se diluye

y el aniquilamiento finaliza

dos miradas

dos frentes desiguales

preguntan qué fue lo que pasó

dentro de aquel silencio

fuera de la misma simpleza

la carga pesa cobijada en el jarrón.

De tierra infértil

caminos agudos

brillante huella de la desviada razón.

Herrumbre

Soledad que camina entre bambalinas

vestida con tiradores de corcho y gomeras de
cristal.

Ve a buscar la sed de los gladiadores, hundiendo la
pasta en botellas de plástico

sintiendo el disparo de un cielo húmedo.

¿Qué viviste a ver?

¿Qué quisiste saber?

Sólo herrumbre.

Rica e infinita

cubierta de un aire de margaritas
nauseabundas entre pétalos de
amapolas.

Barrilete

La candidez del solsticio se abraza en los misterios
boreales

Luna llena, en medio del caos,
provocando la traslación del espíritu.

No me digas nada, la química del ensamble se manda
con el resto

Y luego... entonces ¿qué más nos suma? En el estilo,
en la respiración,
en el equinoccio del cielo, vibración de los astros, de
la caligrafía, del estirpe a la sazón equivocado,
aleccionado y quieto de bienestar.

Con la cima de la montaña entrelazando esas nubes
del umbrío que acotan sueños en la templanza
de las horas, vencimientos.

Elucubraciones infinitas en decisiones interpeladas
envueltas en un papel cósmico, revoloteando
incertidumbres, de lo inusual, lo blando, terco
y nuevamente plástico.

Cuando traje tu sonrisa me robé luces del color del
pan.

Niño

Tú que juegas con pelotas de colores, te hincas en el
tobogán mirando un cielo grande.

Tienes dolores de panza, sudas alegría al
despertarte, miras alrededor con aire de
asombro.

Tu boca es alimento y aquellos ojos cantan la dicha
de una vida eterna.

Tu espalda es un respaldo de terciopelo y tu piel
juega con el candor de lo que vendrá.

Si tus pies hablaran dirían cosas bonitas, aludes de
un momento sublime, instantes de
duendes incansables en las entrañas de tu tiempo.

Niño, tu respiración no es más que cadencia de un
viento cálido, detenido sólo por la
ocurrencia de palabritas vueltas susurros.

Tú no eres grande, niño, tu reloj es agua de espuma
renacida a borbotones en ríos de
Esperanza.

No estás solo, a lo lejos se ve otro niño, y otro más,
jugando en la arena de una playa de
diversiones.

Más tarde serás otro niño, que necesite
de otro niño de estornudos
amigos, de un pañuelo inmenso bordado de
estruendos.

Juguete

Los juguetes del día descansan en la hierba

-no planeemos nada-

el barrilete descansa, el niño descansa, el

comerciante descansa

mañana tendremos un día terrible, movido de pulsión,

la alegría acecha

desarmaremos el esqueleto del pensamiento y nos

pondremos a trabajar

en el sueño, en el resquicio del entretenimiento, en la

calle sin asfaltar

espacio de rodados sin tiempo y

manitas sucias.

Curitas en las nanas.

Pies descubiertos a la aventura.

Una pelota rueda en el aire hacia la copa de un árbol,
besada por un duende
en la plaza de los titiriteros

una honda lanza cascotes de sueños

hiriendo el cielo, lastimando una
nube de flores fugaces.

Un juguete pasó por mi casa la noche en que te vi
deshojando margaritas.

Traté de tomarlo, de subirme a él, no quería
compromiso.

El perfume de tu conteo seducía mis horas más
íntimas y te dije por lo bajo que un
juguete vale más que una espera.

Feliz día, dijiste

La parte blanda del corazón resume los buenos
tiempos.

El timbre de la voz era grueso, desafinado, cantaba
leve acompañando la música de una
radio.

En medio de la mañana gris, canturreó unos buenos
ratos, luego calló al juntarse su
voz masculina con el chasquido de las primeras
gotas.

Una vocecita de bebé continuó la
melodía cuando un sueño vecino
hacía un nido en su almohada.

Pasas de uva

Pasas de uva riegan el camino.

 chiquititas, negras entre la nubla del cielo.
El caminante recoge dulzura en su aire
cansado.

La vereda está vacía y las manchitas desperdigadas
alivianan su travesía:

 una, veinte, cincuenta semillitas.
Una, dos, tres cuabras. A alguien se les habrá
caído.

 una niña las habrá tirado.

Envuelta en canción, contando mosaicos.

Amarillo y rosa pintaron la mano.
a través del pincel, ella los llevó por lugares
desconocidos sin llegar a cansarse.

La pintura logró así meterse en la piel,
escondese en los poros.

Permanecieron juntos largo tiempo pintando
extensos paisajes. Más luego,
desde el cielo, una gota marrón cayó sobre la mano y
la convirtió en salmón; el salmón
nadó por los mares de la vida hasta alcanzar un arco
iris. Contó los siete colores y dio cuenta de
que a su cuerpo le faltaban tres.

Saltó al cielo y robó los que le faltaban. Al caer al
agua nuevamente volvió a ser mano y
la mano en colores humanos.

Camino a Munich, un duende se alojó en mi falda,
luego trepó por mi cuerpo y se disipó
en la humedad del cielo.

Documento

Mosaicos, cartera de estrellas y vándalos juegan
en los caminos.

Imágenes paganas de la Europa antigua se desnudan
veintitrés vírgenes vuelan en la basilica.

Ravena de oro de oscuros ostrogodos estampan
poemas en los baños.

Mamotretos góticos de agua fría y caliente destellan
púrpura en sus páginas
buscando sarcófagos negros de letras
doradas.

La mala memoria de las coronas de las iglesias se
funde de cristianismo verde y rojo.

Palencia de las aguas milagrosas mira con vigor la
España visigoda.

Signos de música en sus manos grandes lanzan
incrustaciones en el aire.

Vigilando de reojo el arco de la cerradura
o el inicio y el fin de una estética
prolongada.

Torre

Ilumina las horas algún día, en el crepúsculo del
sueño

emana silencio

¿bajo qué pies te alzaron?

¿en qué barandilla se esconde tu
sangre inglesa?

Sobre un cielo límpido. Argentado. Indócil.

aventurado en clavar en lo alto un signo
de oro.

Cables viajeros nos enternecen nuevamente: en el
saludo, en la vicisitud del aire, en el
crucigrama de la vida o el estallido de un vidrio, en la
imagen polarizada, ante un
cuadro de Miró, bajo la distancia de Kandinsky, sobre
luces matabichos y un
cronograma de Paul Klee.

Llueve, pero no importa, llora el
zumbido de una estrella, como un
eclipse, igual al llanto de un perro, en el desenlace
del instante, sobre la condición eterna del
hombre, en la sencillez de su silueta, en la
verticalidad del sonido.

Llueve

Cuando la luna se asemeja a los astros, sólo el pacto
del diablo con el cosmos toma
visos de convenio: viajes, propuestas y algunas
cosas más se sacuden como las palmeras
bajo el dominio del otoño. Las moscas pasean y las
nubes ennegrecen, en el decoro de
una bandera agitada, en la fragancia de un pasto
rebelde.

¿qué luces tendremos hoy?

¿qué demonios se cristalizan al
pie de los ángeles?

Si deja de llover extrañaré el golpeteo de tus ojos
bebiendo la lluvia en silencio.

Si el agua moja el piso, el piso agradecido por dar la
luz necesaria para que el hombre
en su curiosidad se mire a sí mismo, lo mismo que el
cielo, desde donde llueven espejos
trémulos.

La Boca

Hoy vi las estampas de la ciudad
el cascabel de la brisa
la otra mirada.

Demudé sueños rotos
amarillos enigmas
correlato de una pasión antigua, recurrente.

Vi maniqués
marionetas tristes dándole el perfil a los barcos
anclados
césped de agua viajando en otra historia, este tiempo.

Caminé dulzuras de gloria bajo cielos al filo del
invierno
besé los labios del sol, ternura de la noche, delicias
de la tarde:
film poético de colores desteñidos

Concierto devastado por la puja de
pasos rápidos.

Nunca jamás estuve así
sobre bancos de madera dibujados de azahar
atendiendo la sombría espera de una hora imaginaria.

Nunca jamás miré mi piel ardida de apuro y calma
de quimeras y náusea
advenedizo difundiendo su pago:
mi territorio de sables y tormenta.

Jamás vi un barrio como el de hoy, florido de ropajes
palpitante en mi ánimo
traído hasta el corazón.

Para abrirse en mi pecho como abrazo extendido a la
distancia
... y respirar, marchitar, naufragar.

Estando lejos escuché una voz. Era dulce y flameaba
desde un allá cercano.

Se deslizaba arrogante, convencida de su timbre.

Pero en vez de una eran tres; y
conformaban un coro sublime.

Piel y fuego

Desandando el camino.

Fuego y piel en la noche quebrada.

Entre cipreses hay una hendidura.

Donde se fusionan los climas, el aire, el viento, la
primavera.

El pasto adorna toboganes.

Y un monumento que rinde pleitesía.

Piel y fuego en la lumbre del verano.

El tópico de oportunidades se mece, y el cielo se
abre pletórico de danzas.

Guardando las formas, las costumbres.

Y un rocío de esperanzas.

Stella Maris

Cada vez que respira la arena se convierte en
molusco. Dos agujeritos nacen del piso,
dos ilusiones crecen bajo la próxima ola. Sentada a
una orilla la mujer espera. El sombrero a
rayas vislumbra un paisaje, un fuerte, una
tormenta de barcos: oleaje crepitante de
signos y espuma.

Una caparazón la separa del cielo azul y reza tres
plegarias, tres deseos de plata perfumados de
mar. Hacia el recóndito horizonte que divide la
espera de perlas engarzadas en sal.

Te ví en el momento de las manzanas, aquellas
mismas que besamos y mordimos una
vez.

Mimo

Cohabitando cada lugar de nuestro ser
las manzanas escupen un sabor ácido

especie de hedor que sublima la falta
alimentadas por el qué dirán de una fatiga sin pausa

si decimos la verdad en un banco de plaza, los trinos
de cotorras

copiarán el murmullo de la fuente vestida de globos,
colores altisonantes

de una fiesta sin pausa. Oportunismo. Destino.

Clave de sol puesta en escena frente a una
barricada de dudas.

Túnel

Túnel de amor que se rebate en las cenizas
túnel de llanto que lame sinfonías de quietud
en busca del brillante tesoro de piedras
nunca sabremos la verdad del descubrimiento
(tal vez reconozcamos la brisa de nuestro espíritu
templado).

Pintado de colores primarios y narcisos
de plumas esquivas y andrajosos aromas, melancolía
de sueños apiñados
congregados en cofradías de secretos marinos.

Mimetismo de un pasado vuelto cangrejo por un paso
vacilante
que desdeña la meta, el fin, la infinita llegada al túnel
de mar, impregnado de sonrisas
que mágicamente se convierten en olas.

Mujeres

Celebridades caminan por el boulevard de San Antonio
atropellan la esquina, agazapadas en su quehacer,
livianas en su andar

veinticinco son, ellas; y de ahí se van juntas a sentar
a un parque, a ver
barriletes volar.

Existen duendes que las vieron, después de que ellas
descansaran en los parques de
avellanas, salir tranquilas con los pies desnudos y
sandalias en las manos.

Existen ojos quietos que las divisaron sin ropa, allá
en la esquina de la tienda de abanicos.

No hay registro de que hayan dejado perfume a
frambuesas en sus pasos.

Sí, estuvieron cerca del derrotero que las conducía a peñascos de colores y aguas danzantes. No obstante ellas, las veinticinco, siguieron el camino enroladas en la bandera de la libertad.

Fiesta

Fiesta en el jacarandá, fiesta en el maizal, en el
cáñamo, en el rabanito que
se viste de caprichos.

en el horizonte en el silencio, en el
café de la tarde, en la calma de la
noche, en estrellas fugaces en cometas, en la
limpieza del azul y el amarillo.

En el saludo, en el instante, en la gasificación de los
sueños.

Cuando amanecemos y el velo de la noche nos
transporta.

En el pic-nic de la improvisación con anteojos de sol
en la cabeza detrás de los arbustos.

Bajo el cielo inclemente respirando un
aire meloso de sudor

porque es fiesta; y las cenizas se encienden y las
ideas descansan.

... en la penumbra de los destellos, en los errores en
los aciertos, sobre la lámpara de la
alegría del cansancio de los entredichos, la memoria,
en la desconexión, en el esquivo

y es fiesta... porque es fiesta. Salud.

Parque

La sombra de una silueta se dibuja e en el pasto
hombres y mujeres dialogan de príncipes mendigos
Hablan de películas que no han visto
de libros e imágenes que han bebido
Allá en el parque los cielos se juntan, apenas rotos
por edificios altisonantes
palomas mensajeras, horneros, cucarachas.
Aquí todo es fantasía, en el real tiempo del espacio
monumentos de algodón trepan la vista hacia el
infinito
(poco sabemos de hormigas y cucarachas).

El ruido empieza de nuevo
entre árboles rubios de colores
la gente pasa y se sienta.
Las flores destilan un perfume otoñal, crepitante
clarividencia de lo que vendrá
bajo el ala de un pino seco.
Bajo el ala de una música en silencio.

Sepulcro

Una lágrima cae del cielo hecha relámpago.
Mañana de sepulcro.

Urge un llanto entre plegarias.

En la iglesia vacía.

Cristal de madera brillante en el ataúd.

La orden bajo la cúpula.

Se oye decir.

¡Quédate!

¡Vete!: dentro de la carne.

El agua cura el firmamento y salpica, reza la
forma, inicia la consigna.

En el alba, allá arriba, mariposas color manteca
dan pasos pequeños

sobre algodones húmedos

en un cielo extendido de responso.

Sexo

En los latidos del sexo descansa la complicidad
del andar del no saber
en rostros angulosos, dotados de enormes anteojos,
en cabellos blondos, en risueñas sonrisas
en las mentiras incompletas
en el aire de los murmullos
en las muelas precarias
en el orgasmo premium
en el masticar del sabor
de los sueños
de la antagonía
por la dirección equivocada
por un soplo de la nariz
esquirlas del pasado
por la mente que se alimenta y se relaja
de ti de mi
de todo lo que anhelamos
en la modernidad de este sentir
en las flechas de la mirada

sobre mi aliento redondo, sumiso
dentro de la almohada
sobre tu piel ruidosa de escamas sueltas
bajo la luz mortecina
fuera de todo
en el recóndito hombro de la sensualidad

en el disimulo
en el fondo del ombligo
cuando convidamos la necesidad y recibimos
contemplación
como si estuviésemos en el cielo
en la curva dorada
en la emancipación
en el goce supremo
sobre un alimento redondo
merienda del mantel cubriendo esa necesidad
comida vespertina de escote relámpago
de orejas mudas
en bellos enredos
en la novela de un día
casi pegadito un beso de otro

más una gota de placer en la gótica lengua
casi sin saberlo casi despiertos
envueltos en el peso de la ausencia
enseñando la costumbre de estarnos vivos en la
avalancha del tiempo. Con rosáceos
alientos dispersos en la templanza de un techo
dibujado de azar. De una cúspide
infinita, anidada en el calor menos sublime, más
mentiroso de colores, siluetas,
enigmas, palabras

suspiros

carne

rosa del viento

en el perfume de la brisa en la estación que estemos

en el ferrocarril del atropello

en la fábula

en la fábrica

en el mito de esta realidad.

Plaza Mitre

Jardines rotos, en la madurez del meridiano
de ondulantes praderas y racimos en sueños

Cuando las curvas se imponen y los árboles se
tuercen,
inmaculado, pequeño en el mismísimo centro, el
busto de Bartolomé observa entre dos
puntos cardinales: rodeado de verdes plumíferos y
flores de trigo, la plaza de asientos
encontrados le dibuja charlas bajo la copa del
sosiego.

Los niños juegan, se hacen rodillo en el pasto
nuevo... y miran el cielo sereno, real,
junto a un chorro de palomas de agua.

Hay pinos, palos borrachos, cotorras y una tormenta
del pasado.

flores amarillas testimonian el ahora, farolas negras
y un canto de armonía.

Más allá, a la derecha del prócer, un boxeador mira
algún punto del este,
alerta en su mirada, sus puños nos protegen de una
futura tempestad.

(hamacas de colores vivaces reciben el quisquillo
estival de las chicharras)

la gente gira, nueva, refrescante, con la sonrisa de
un cansancio lejano.

En las franjas celestes del mareo, los caballos
cabalgan sobre cuatro estaciones de
mármol, en el que el vidrio intenta detener,
menoscabando la osadía del viento, el crepitar
de las telas blancas cerquita del suelo
desértico.

Sólo las sombras se acercan a aquel
curioso, abonadas por un sol tajante.

Hospital

Camino al hospital las monjas celebran

la estadía de la ausencia, el incumplimiento de
las normas.

Los ómnibus pasan lento, y la tarde se hace ancha,
plagada de sol de avenida

¿llegaré algún día? ¿acariciaré la capilla?

Más pronto o más cerca, las monedas del azar
jugarán la partida y el olvido

tropezará en mis pies de colores

(ya conté todos los mosaicos)

Ya descubrí el pan del día, sólo me falta la templanza
de saber dónde encontrarte.

Y vi una luz azul, intensa como el iris, tierna como la
uva, leal como el beso de
madrugada, primitiva en el silencio, ausente en el
agua.

Martija

Piletas, verde, humedad y agua de langostas dando
vueltas

la verborragia de una señorita, displicencia en la
tarde.

El sol se pone seco en algún lado y las cotorras
cantan cantos sintéticos.

Cuando nadie supone nada el gordito del buffet se
sienta a esperar.

Un cigarrillo, el encendedor de plástico absorbe la
música de la laguna.

Los ojos guardavidas miran la cadencia del ocaso, de
eucaliptos sin montes

y de brazos sin brazos las sillas celestes
cortan la tarde en dos.

Ya no hay preguntas, sólo deseos, y luego el aire, la
masa de los buenos tiempos dando

vueltas por la cabeza

el colectivo espera

la tarde descansa.

el fuego revolea sus lenguas
mirando la ruta.

Colibrí

Ventanas a rayas, humedad de tango

pajarito simbólico

Un colibrí se duerme en el regazo de la vida

aletea en zumbidos.

Coquetea en el aire, arrullando un tinte
metálico

de verde agazapado.

Gato

El gato caminó los techos con pasos seguros.

requisó la claraboya y echó una sonrisa
cómplice de aventura y desdén

luego voló hacia el lugar de las nieves y se disfrazó
de lobo estepario, defendiéndose de
sus enemigos y atacando de vez en vez

ya el gato duerme en la planicie de su
alma en una cama de sueños robados.

Contexto

Vorágine en el mar, calma de un cielo
celeste.

Presumiblemente el instante se convierta en
estallido.

donde los aromas naufraguen entre líquidos marinos
y pétalos de barco.

¿Una carrera?

¿Embalsamamiento? Si las olas
repiteieran su danza, el espejo

vengaría la forma

y nada sería igual, en lo profundo, en la
superficie de las miserias

en un contexto mágico de la pintura. Sabor de musas,
color del inicio en el que

se transparentan:

El odio, la ceguera, la paz y ojos
que laten y
espían, en la velocidad de un núcleo acuoso,
semejante a la pasión de una
tierra escondida.

sepultada en la belleza de la imagen.

Terruño

Silencio de muerte en el rincón austral. Una misa de
réquiem entonan las gaviotas en
cada puesta de sol al soldado heroico yacente en su
lecho de sal. Cientos de almas en
capullo custodian ese ataúd. Desde el día en que el
océano se tornó carmesí.

Aguas rojas entonces mancharon su última partida en
ese ficticio tablero de ajedrez.

Hoy no flamean banderas de guerra. Ni se escuchan
los gritos del horror. Solo persiste
un temblor submarino que conjuga fango y presencia
al señor de las aguas. En aquellas
reñidas corrientes del atlántico sur

un submarino naufraga / valientes escollos.

Sangre joven se abre en estelas de sal

¡¿quién devolverá la tierra aislada del mundo?!

¿madres sin hijos al sol?

Cunde el pavor de una bandera sin viento, cunde la
alegría de saber qué cruces se
escuchan. En el bombardeo lejano, cruces hundidas
en ultramar y custodiadas de peces
imploran justicia.

(a generales y comandantes envueltos
en olas de venganza)

En la regresión de un tiempo sin espinas
la voz de la planta es masculina
y su tallo juega en una forma que
se desvía
bajo el meridiano de un sol interminable
de besos en pasadizos y savia
verde.

Aquella flor

Flor de malvón, esquirra de un cáliz agazapado;
donde duermen las águilas
entre verdes apelotonados y un canto
de avispas.

Olor rancio y muchos hijos, al son de una música
vespertina
enlazada con miel y cebollas.

La luz encandila, aquella gigante de los faroles, sobre
cipreses rotos y corrugadas ilusiones.

En la estación de la esquina se sirve combustible. Se
agolpa de
automóviles,
motocicletas,
muchoa gente.

Por dónde empezar, entonces: por el armado de las
veredas, el recuerdo de
la nostalgia, por el tesoro de las
palabras.

¿Invitamos al convite del ayer?

Brotos y lujos atmósfera rodante estambres sin
pétalos
Quizá el amor fugitivo, aquel amor de distancias se
aproxime a las
solapas del comienzo. Cuando nada se suponía ni
desdoblaba. Por lo pronto
vamos ahí, a la caverna sin túneles, envalentonados
por el mito del perfume,
con la nariz puesta en eso que llamamos vida.

Un poco de cielo

Un poco de sol

Un poco de luz

Un poco de amor

Sospecho que tu nombre se eleva allí abajo.

En la lumbre de mil estrellas

solas.

Convencido de un mar travieso.

Mar

Se abren las ventanas de la vida, o los orificios de la
vista y el oído se hacen peregrinos
los bañistas juegan con las olas del mar

un pájaro de metal surca el cielo transparente en el
muelle de los pescadores, casi sobre
el desordenado vuelo de las golondrinas.

Alguien está ahí, con su mirada perdida y soñadora,
junto a una cerveza que se
mezcla con el aire salado. Mira el horizonte, un poco
más acá a la espuma blanca.

Suspira.

El aire es denso, brutal, como este sol
que lastima y ciega
los bañistas juegan con las olas
vespertinas

un velero se incrusta tímido en la pintura marina y
parece inalcanzable

Hay gente chiquita jugando en el mar.

La costa es un espiral de arena del color de las
amebas, un arco incandescente sediento
de soledad. Pero los edificios, cristales escalonados,
reflejan el perfume, la noche futura
de siluetas cansadas.

Hay gente chiquita, nace un susurro.

La espuma de la bebida se diluye, nadie quiere irse
un pez se arroja guardando el brillo de
su piel en un nido del océano.

Otra vez el avión, vuelve llevando pasajeros de aire.

Basurero

Solapadamente va el ciervo al camino

atrás quedó el basurero con sus sueños
de zapatillas.

El viento cruzado despeina el suelo: candidez

hilvanada cuando respira.

Un bastón sostiene a un hombre y a su bolsa de

plástico.

El sendero recorta la figura de una botella de vidrio

¿qué pensamientos tendrá el aire que respira?

Un auto azul detenido en medio de los
desperdicios.

El hombre se apoya y camina el cielo se

aplasta de nubes de cartón.

Brilla el oro en el basurero. Entre

alambrados de alambre acorralando el aire.

Pájaros descendentes dibujan líneas duras, círculos

de hedor

En su vuelo descendente el viento se anida

Y hasta donde alcanzan los ojos

aparecen caracoles con agua bendita.

Chico Sprint o una mirada larga

Una lupa en el amor de los ojos

se mueve grácil buscando un no sé qué
los bigotes blancos esquivan la maraña de ruidos que
sacuden el café

llueve afuera, una finita lluvia copiosa

-hora incierta- las manos siguen
cubriendo la lupa...

Los ojos claros dibujan trazos en el aire

llueve afuera.

Sin disimulo, con aire de ocupado; el hombre se
enfrasca en una lectura

la muñeca se quiebra la distancia se arrima

las letras del papel se agigantan

no hay dudas

todo es develado.

más luego un gallo se pavonea entre naranjas de
cáscara, juntito al charco de agua negra
estancada reflejo de la facha de una casa

un televisor descompuesto y los hilos de cobre
peinan el viento

... los ladrillos del horno son tan rojos, señor
dos hombres charlan a las cuatro

los zapatos duelen, los pies duelen, el piso es de
granza

la luz de mercurio se enciende
y cuando los ruidos avanzan la urbe despierta de la
siesta pegajosa

deben ser las cinco.

Piedras verdes

Piedras verdes en el mar, resbaladizas, abillantadas
acosadas por un viento sublime,
irreverente

caracoles tapizan la arena y por ahí, tal vez se
encuentre un pedazo de cangrejo,
una pezuña unida al color de su miembro,
descansando en la humedad de la playa
por allá un pescador, enmarañado en su quehacer,
hace trompos con su caña, montado
en una isla pequeña
perros de cabellera amarronada se hunden en el
agua, dejando huellas en la espuma
no se ve ningún barco: el horizonte está
íntegro
las nubes no vinieron (el rugir de las olas
golpea las columnas de la escollera)

Tres o cuatro castillos se erigen junto a la miniatura de pies de niños.

Algo II

La luz migratoria mueve mis sentidos

El caballo yace en el trono (entre gritos de gorriones
y un grito de viento invernal)

nadie sabe dónde estamos

nadie esconde de dónde venimos.

El agua fluye por su sendero de sed. Pongo mis pies
en ella y los dedos se bifurcan en la
calma

la alquimia de la tarde.

Miran los eucaliptos, el azar que sacude
las hojas; bajo un cielo
de dominio, bajo la luna a media asta.

¿alguien sabe dónde estamos? ¿alguien
sabe adónde nos dirigimos!

En el aire de los hechos las ovejas pastan la mirada,
los chanchitos se bañan al sol
Y el saber se mete en las paredes de la vida,
jugando con la sal de las vicisitudes.

Caminando un sueño de polvo en tierra.

Estancias violetas se pusieron cuando nadie lo
esperaba, cansadas de sí mismas,
estableciendo una coartada con el tiempo, la rigurosa
disciplina de alguna ambivalencia.

Ciudades se someten, ceñidas al galope de una duda,
clarividencia desatada por una luz
de neón.

Sur

Viento arremolinado

dos rubias trotan vestidas de negro

las colitas de caballo se mecen en el aire

más tarde nadie sabe nada del tiempo

del dibujo de las hojas y de los acordes.

Una canción se escucha. Sí. La que sabemos todos

y se nos mete en la cabeza como el viento

helado de octubre

cambiamos de planes

salen las bicicletas y una guitarra eléctrica viaja bajo

el brazo de un joven

su color es del vino su vida eterna

Se mueven rápido, en dirección al sur.

Fluye

Fluye... fluye como las aguas en el océano, igual a las catedrales si las puertas se abren a un rezo. Fluye, fluye como un cóctel de ciudadela en el que nadie presta atención a nadie y los cabellos de la gente se sujetan con broches claros y rojos, a la vuelta de la angustia de aquella esquina rota, que sucumbe ante un tango gastado, al nublarse el sol de las tres, visitando oídos apoyados a la pared, la misma que atesora humedad, nostalgia del pasado eterno, circulatoria epístola de noticias viejas.

Fluye entonces, si deseas la conexión de unos pocos guijarros envueltos en terciopelo, bajo la piel de una luna nueva que se repite y copia errores, favorecida por las risas plateadas de su vientre: sangre divina imantada sobre océanos de agua con puertas de catedrales que se ahogan en rezos.

¿Ya lo ves? Déjalo expandir, acariciando el aire de
cenizas de lluvia, mortajas teñidas de sol,
luminarias de la noche que inauguran un surco

una vida, una ternura, la espesura quizá de lo
tangible.

En la belleza del tacto, en lo hondo del nacimiento,
en lo reconocible de la muerte.

En un vuelo de escamas en un suspenso que
fue llamas.

Soy

Soy una hoja al viento.

Un perfume recóndito que semeja una flor en
descomposición.

Pronto iré a guarecerme de este aire helado.

Pronto seré una tortuga en el jardín de las hierbas.

Perdurando el momento de la inquisición, el humo de
las respuestas.

Allá hay algo que nos seduce, embriaga mi sentido y
lo aniquila.

Para volver a empezar, ser un renglón de
pergaminos.

Lodazal de la alquimia que desvanece y vuelve a
reconstituirse.

Soy una hoja al viento, un pétalo arrancado
trémulamente entre fizgones:

valientes enmascarados que robaron mi
semblante.

Mi hoja es cómplice, mi tallo es sangre de miradas
aprobatorias

Luego viene la denuncia, el viento invisible que
destiñe

Entonces nada será igual, ni la nervadura como
tampoco el verde de las ansias

Sin embargo la noche la retoma, la hela la sostiene

Dándole vida al carrousel del día, abrigando el
viento

que necesita compañía, anidando la ilusión de
sentirnos otoño otra vez.

Índice

<i>Sin título</i>	5
<i>Sin título</i>	7
Noche	9
Un lugar	11
Galgo	13
Algo	15
Café	17
Bar Mami.....	19
Comedor	23
<i>Sin título</i>	25
<i>Sin título</i>	27
Puedo	29
<i>Sin título</i>	31
Pájaros	33
Arrebato y desalojo	35
<i>Sin título</i>	37
Gritos	39
<i>Sin título</i>	41
La puja	43
<i>Sin título</i>	45
Dos miradas	45
Herrumbe	47
Barrilete	49
<i>Sin título</i>	51
Niño	53
Juguete	55
<i>Sin título</i>	57
<i>Sin título</i>	59
<i>Sin título</i>	61
Pasas de uva	63
<i>Sin título</i>	65
<i>Sin título</i>	67
Documento	69
Torre	71
<i>Sin título</i>	73
<i>Sin título</i>	75

Llueve	77
<i>Sin título</i>	79
La Boca	81
<i>Sin título</i>	83
Piel y fuego	85
Stella Maris	87
<i>Sin título</i>	89
Mimo	91
Túnel	93
Mujeres	95
Fiesta	97
Parque	99
Sepulcro	101
Sexo.....	103
Plaza Mitre	107
<i>Sin título</i>	109
Hospital	111
<i>Sin título</i>	113
Martija	115
Colibrí	117
Gato	119
Contexto	121
Terruño	123
<i>Sin título</i>	125
Aquella flor	127
<i>Sin título</i>	129
Mar	131
Basurero	133
Chico Sprint o una mirada larga	135
Natural	137
Piedras verdes	139
Algo II	141
<i>Sin título</i>	143
Sur	145
Fluye	147
<i>Sin título</i>	149
Soy	151

A manera de prólogo

Nunca entendí los prólogos. Sigo sin entenderlos: prefiero lanzarme sin guías ni ceremonias previas en el puro logos. Y dejar para después lo que el editor decide poner antes. Tal vez prefiera hacer eso, lector: en tal caso, no lo dude; en *Con sabor a cenizas*, el poemario de Daniel Dólera, va a encontrar agua para un clavado perfecto, para hacer elástico como un pez ahí en el fondo la U que necesita su cuerpo para que su cabeza vuelva a apuntar al cielo y darse a una ascensión más lenta: burbujas pequeñas saliéndole de la boca, los pelos subiendo antes que el cuerpo en curvas que muestran que su anticipación es blanda y elástica y tranquila; los ojos abiertos a la naturaleza azulada del agua, de casi todas las aguas cuando se sube lento, dejándose llevar por la fuerza suave que lo dirige hacia arriba como si fuera un globo que al desinflarse se eleva. Lea tranquilo, siga, si quiere, leyendo esto o vaya directamente. En *Con sabor a cenizas*: uno es arrastrado a un mundo con naturaleza propia, con leyes y tensiones propias, un mundo que podemos reconocer también como propio y es propio pero no, no es. Es y no. Lleno de imágenes este sabor que nos propone Dólera, imágenes que predicán sobre sí mismas, las imágenes están llenas de sí, pero también de otra cosa. En fin, lector: es un libro que vibra este poemario de Dólera. Vibra con la fuerza del deseo y el cansancio del cuerpo que lo escribió cuando lo escribió. Y eso es lo propio de la letra viva: hacernos sentir en el cuerpo eso que dice, es que dijo antes de cualquier lectura, esa música de la sangre propia y de la todos los muertos y la de todas las criaturas por alumbrarse que lleva la lengua y que un buen poeta hace cantar en nuestras venas.

Gabriela Cabezón Cámara

